

ENTREVISTA | Autor de otros siete poemarios

# Juan Eduardo Díaz: “Mi oficio y experiencia están en la poesía”

Con *Manual de carpintería*, el poeta, profesor, editor y tallerista chileno se convirtió en el décimo ganador del Premio Revista de Libros en el género de poesía. En su trigésima primera versión, el prestigioso concurso literario, organizado por “El Mercurio”, CMPC y la Pontificia Universidad Católica de Chile, tuvo a México como país invitado.

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“Yo pensaba, qué habrá visto el jurado, cuál habrá sido esa luz que le llamó la atención y le gustó, porque uno siempre está mirando su trabajo y lo corrige y lo cambia y lo desarma, hasta que llega la posibilidad de publicar”, reflexionaba Juan Eduardo Díaz hace poco más de un mes, cuando supo que *Manual de carpintería* era el ganador de la 31ª versión del Premio Revista de Libros. La decisión fue unánime y el jurado destacó, entre otros méritos, que este es “un bello libro donde todo, al mismo tiempo, es sólido y preciso, sugerente e inasible; un poemario donde nobles árboles son materia prima de excelente poesía” (María Inés Zaldívar); que “su expresión es de virtuosa economía y los trazos de sus versos de suma precisión” (Fabienne Bradu), y que “sabe mucho de la carpintería profunda, mucho de Japón y mucho de poética” (Adán Méndez). Opiniones que ahora se recogen en la contratapa de este poemario publicado por Ediciones El Mercurio, como parte del premio, que contempla también 15 millones de pesos.

En el pasado, Juan Eduardo Díaz solía participar en concursos literarios. Este año decidió volver a intentarlo, pero “ya estaba llegando octubre y no pasaba nada”, recuerda. Y entonces recibió la llamada. “Me impresioné, porque este es un concurso importante, nacional, o sea todos los poetas, todos los escritores sabemos que existe, y llegar acá era una opción lejana”, afirma.

*Manual de carpintería* es su octavo libro de poesía y surgió en plena pandemia, lo que no se refleja en los textos. “No, para nada. Y es lo que les cuento y les comento a mis estudiantes en los talleres, que para mí la seriedad del oficio va más allá de una escritura terapéutica.

No soy muy de escribir ‘estoy sufriendo’, lucho contra eso. En pandemia se me dio que tuve el tiempo; que en las noches, para despegarme de todo lo que estaba ocurriendo afuera, retomaba la escritura”.

Tampoco aparecen en estos poemas el amor, la muerte o la pérdida, los “grandes temas” de la poesía. “Es delicado abordarlos —explica—, porque ya se ha escrito mucho”. Es probable que al jurado le haya llamado la atención precisamente eso, la originalidad de una poesía construida con madera.

## Tiempo y cadencia

Poeta, narrador, editor, tallerista y profesor, Juan Eduardo Díaz nació en San Bernardo en 1976, estudió en la Universidad de Playa Ancha y hace más de una década se estableció en El Quisco, donde hoy vive con su mujer y sus hijas, de tres y ocho años. “Soy bien hogareño. Me gusta estar en la casa, pero aquí se vuelve un caos en el verano y ahí me voy con mi familia al sur”.

—Usted le dedica el libro a su padre mueblista, ¿cuánto aprendió con él de madera y de poesía?

—Con mi padre aprendí de la madera que hay algunas que tiñen las manos. Que el pulido debe ser a favor de la veta. Que el dibujo va creando formas únicas cuando se trabaja un ensamble: cuando pequeño veía rostros de animales en las tablas. Aprendí también que todas las maderas para hacer muebles son nobles, que el secreto maravilloso se lo entrega el mueblista. En el oficio poético, es el poeta el encargado de tomar eso precioso del gesto, la imagen, el recuerdo o la madera que sea, y convertirlo en un poema. Mi padre me enseñó, sin saberlo, sobre el valor del tiempo, el espacio, la pausa en la lectura, la intención, la cadencia de las palabras.

Colaborando con su padre recibió también su primer sueldo, como evoca en un poema. “Fue del gerente de la empresa en donde él ejercía como mueblista —recuerda—. Cada temporada de vacaciones yo era su ayudante y entusiasta aprendiz. Cuando en Chile no se masificaban aún los cajeros automáticos, algunas empresas pagaban a los trabajadores con sobres en los que se incluía la suma exacta con billetes y monedas. Vicente, como se llamaba aquel gerente, parecía ser un hombre generoso”.

De esa época, señala, tiene recuerdos felices. “En el ejercicio de revisar la memoria y escarbar, me encuentro con un niño al que le gustaba acompañar a su papá al trabajo cada vez que podía hacerlo. Nos montábamos en su moto y partíamos. En el barrio, me veo con los amigos pichanguando largas tardes. Descubro igualmente el ‘Festival de la una’, ‘Sábados gigantes’ y el Festival de Viña. Me encuentro también con un casete pirata de Los Beatles. Con ‘Say, say, say’, de Paul McCartney y Michael Jackson, de cuyo tema tenía una imagen enmarcada por mi padre en mi habitación. Recuerdo además al cometa Haley, que nunca logré ver. Las noticias semanales de las visiones de Miguel Ángel, de Villa Alemana. En esta infancia repasada no hay libros aún, nunca hubo”.

—¿Recuerda cómo fue su encuentro con la poesía?

—Se dio cuando estudiaba mecánica de máquinas y herramientas en el Liceo Industrial Miguel Aylwin Gajardo, de San Bernardo, a inicios de los noventa, y se intensificó mientras trabajaba de mecánico industrial en una maestría de inmigrantes italianos. Cuando descubrí que los plagios a Neruda eran muy evidentes y que siempre existía la posibilidad de ser descubierto, me hice de unos facsimiles de Taller de Literatura que conseguía en un quiosco. Comencé a participar de un taller de poesía y también a frecuentar una agrupación de escritores donde se leía mucho. En esos lugares descubrí a

grandes autores chilenos, la Colonia Tolstoiana, D’Halmar, Magallanes Moure, Santiván. El asentamiento y conciencia de que la escritura de poemas es un oficio, y como cualquier otro debe ser respetuoso y serio, se dio poco tiempo después de mi arribo a Valparaíso.

Hoy, “la poesía es el hilo único que conecta cada una de mis labores, incluso las domésticas”, afirma. Y detalla: “Soy profesor de lunes a viernes y hasta las seis de la tarde; de esos días dejo al menos uno para realizar talleres de escritura en algunos centros culturales del litoral y principalmente en la Casa-Museo Isla Negra de la Fundación Neruda. El trabajo de editor en Caronte lo hago con especial dedicación, porque mucho de los autores que eligen esta editorial son amigos. Me encargo del diseño de la portada y la diagramación, además del trabajo de edición de los textos”.

Mueble y poesía, madera y palabra mantienen una estrecha y delicada relación en *Manual de carpintería*. “La mueblería y la poesía son dos oficios en los que se debe trabajar con dedicación y precisión —señala—. Ningún elemento está de más, todo debe ser justificado, cada palabra como cada ensamblado. Cada parte del mueble como cada estrofa. Cada lacado como el mejor de los remates. Aunque mi cercanía con la madera fue relegada únicamente a ser un observador,

Para mí, la seriedad del oficio va más allá de una escritura terapéutica. No soy muy de escribir ‘estoy sufriendo’”.

Mi padre me enseñó, sin saberlo, sobre el valor del tiempo, el espacio, la pausa en la lectura, la intención, la cadencia de las palabras”.

La mueblería y la poesía son dos oficios en los que se debe trabajar con dedicación y precisión”.

Como profesor y tallerista es necesario y útil acompañarse de los autores que forman parte de la tradición poética”.

construyo y me entrego al trabajo de algunas cosas menores. Jamás podría alcanzar el nivel de mi papá; mi oficio y experiencia están en la poesía. Esta distancia, en *Manual de carpintería*, me obligó a investigar y confirmar algunas ideas vagas que tenía respecto de la carpintería. Inevitable y afortunadamente me encontré con el carpintero japonés.

—¿De qué manera se produjo ese encuentro?

—La disciplina que posee el carpintero mueblista japonés la descubrí en la investigación para mi libro, pero antes estaba en algunas herramientas antiguas de mi padre: formones, taladros manuales, cepillos, sierras, gramiles y otros artilugios confeccionados de manera artesanal. Con la distancia que impone el tiempo y antes de que la memoria comience a engañarme con piezas falsas de este rompecabezas, el empeño del recuerdo me guio por la escritura de notas y la confección de algunos versos. Inmerso en la producción de textos, aserrín y viruta, la investigación me presentó al imponente Minanoro (monte Fuji), al cerezo y su *sakura*, al ciruelo y su *ume*, y una serie de conceptos propios de esta cultura que fueron poco a poco disolviéndose en mis poemas.

## Un tronco gigantesco

*Manual de carpintería* está estructurado en tres partes, encabezadas por la definición del serrado por cuarto, el serrado radial y el serrado plano. Técnica y material de la carpintería que parecen tener sus equivalentes en la escritura de un poema. “Cada uno de estos serrados —explica—, aunque hay muchos más, son realizados según el uso de estas maderas: para construcción, para mueble, para instrumentos musicales o para objetos de decoración. Pienso que así también la poesía lírica de Jorge Teillier se diferencia de la poesía filosófica de Humberto Díaz-Casaneuva y de la poesía urbana de Enrique Lihn y de la antipoesía de Nicanor Parra y del creacionismo de Vicente Huidobro y del modernismo de Pedro Antonio González y la potencia de De Rokha, y de la poesía de Juan Cameron, de Stella Díaz Varín, de Germán Carrasco, de Enrique Winter, de Ximena Rivera, de Thomas Harris, de Rosabetty Muñoz, de Andrés Morales, de Daniela Catrileo, y tantos más que no acabaría de enumerar. Todos estos son los distintos serrados de un mismo y gigantesco tronco que podríamos reconocer como la tradición poética de Chile.

—¿Cuál es la madera de la que está construido usted?

—Recuerdo la historia que habla del hombre que planta una semilla de roble y otra de bambú; el primero crece al poco tiempo, mientras que el bambú tarda siete años en asomar su brote, pero rápidamente es capaz de alcanzar y pasar al gran roble. Con ambas maderas se puede construir de todo, pero la calidad de un mueble de roble es superior a la de uno de bambú. Por mi forma de trabajar, silencioso, sin ese afán de publicar o mostrar lo que hago tan aprisa, con prudencia, creo que estoy construido en parte de bambú, quizás porque crezco hacia abajo, las raíces primero, para estar seguro y firme. También un poco de roble, firme, con carácter. Un brazo con ramas de cerezo y el otro con ramas de ciruelo, ambos en eterna primavera, florecidos.

—¿Con los “cipreses añosos y fuertes” quiso representar la tradición en poesía? ¿Anguita es uno de los cipreses más preciados?

—Como profesor y tallerista es necesario y útil acompañarse de los autores que forman parte de la tradición poética. Estos son los que luego se transforman en los maestros de las nuevas voces. La labor está en reconocer en los jóvenes autores las líneas, ya trazadas por estos cipreses, y ubicarlos a la sombra de ellos. Luego, el ciclo natural de la vida, el oficio, se encargará de que estas voces migren de sombra en sombra hasta encontrar su propia identidad. Todos los autores recurren a la tradición, a sus maestros, todos retornan a la frescura de su propio ciprés. Para mí, Anguita es muy importante, como Mistral o Huidobro. Pero una sombra agradable que frecuento seguido es la de Pedro Antonio González, una figura que sale del bosque, que no necesita de la compañía de otros árboles, ni del regado permanente, ni la adulación.

## Armando y desarmando poemas

En el libro hay solo algunos destellos de contingencia, por ejemplo, un poema dedicado a Francisco Martínez, artista callejero muerto por los disparos de carabineros en Panguipulli, lo que desató violentas protestas. Ese “terrible ayer de mi país/ tan presente” escribe. “Tan presente está ese hecho de Francisco Martínez el 2021 como lo ocurrido en el estallido social del 2019 y Matías Catrileo en 2008 —enumera—. Y de ahí en retroceso lentamente hasta llegar a mi adolescencia, con tardes en las que el viento traía el olor de lacrimógenas. La carrera veloz tras no sé qué de los vehículos blanco y negro por las calles de San Bernardo. El miedo y la rabia de mis adultos frente al noticiero ‘60 minutos’. Y las ganas de los niños que éramos en aquel entonces de que él se fuera, porque eso acabaría con el miedo atroz que crecía cada vez que se alargaban las sombras y empezaba a oscurecer”.

—¿Todos los temas le importan a la poesía?

—La poesía es y soporta todo, no se niega a tema alguno. Octavio Paz dice en *El arco y la lira*: “La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono”. Por su lado, el poeta nunca deja de ser poeta, sigue poetizando y observando el mundo; se puede retirar de su trabajo, de sus rutinas cotidianas y no perderá de vista este universo tan pendencioso, fijándose en eso que siempre estuvo ahí y que antes no había siquiera observado.

—¿Cómo es un día cualquiera en la vida del poeta Juan Eduardo Díaz?

—Un día cualquiera me ubica en la escuela donde ejerzo como profesor, cerca del mar que a veces observo y si no, sé que siempre estará ahí. Me descubro con mis hijas, a la espera de cada festividad que los medios ofrecen, hoy es la Navidad. Me ubico muy cerca de mi maravillosa mujer, en su infinita paciencia y dedicación profesional, combinada con las labores propias de la maternidad. Me observo en el ejercicio de revisar el pasado sabiendo que gran parte de lo que aparece puede ser una reconstrucción en la memoria que jamás fue. Me enfrento ante la promesa de leer de una vez por todas ese clásico latinoamericano que me espera en mi velador. Un día cualquiera me presenta rabiando frente al televisor y ante la tontería humana. Me encuentro con el poco tiempo que tengo para cortar el pasto, que explota en mi patio, por las últimas lluvias del mes. Me tropiezo con el desorden de mi taller y las herramientas que aguardan amontonadas sobre el mesón. Hoy no soy capaz de ver las imágenes donde aparecen los niños de Gaza. Un día cualquiera me ubica junto a mi familia y de vez en cuando escribiendo, armando y desarmando algunos poemas cuyo tema será el cuando insoportable del tiempo y esas tonterías que se sienten al paso inexistente de los susurros.



FRANCISCO JAVIER OLEA